

24. **Saber, ser y comprender**

Versión 2

Procesos para su despertar interior

ego

Compilado por:
Enrique González Ospina.
Cel: 315-3357297

“Los contenidos del ser son los que hacen que cada persona sea tan notablemente diferente a los demás.

Cada uno es un espécimen único, aunque las formas sean parecidas, porque su ser es único y es el que delimita la calidad de su saber.”

Gurdjieff



Saber, ser y comprender

El desarrollo del ser humano opera a lo largo de 2 líneas: *saber* y *ser*.

Para que el proceso evolutivo se realice correctamente, ambas líneas deben avanzar *juntas, paralelas* una a otra y sosteniéndose una a otra.

Si la línea del *saber* sobrepasa en demasía a la del *ser*, o si la línea del *ser* sobrepasa demasiado a la del *saber*, el desarrollo de la persona no puede hacerse. Tarde o temprano tiene que detenerse.

Seres diferentes

Las personas captan lo que se entiende por "*saber*". Reconocen la posibilidad de diferentes niveles de saber; comprenden que el *saber* puede ser más o menos elevado, es decir, de más o menos buena calidad.

Pero esta comprensión no la aplican al *ser*.

Para ellos, el *ser* designa simplemente "la existencia", que oponen a la "no existencia".

Entienden o suponen que *ser* es "existir", simplemente.

No comprenden que el *ser* puede situarse en niveles muy diferentes, incluir varias categorías, aún dentro de una misma especie.

Tomemos, por ejemplo, el *ser* de un mineral y el *ser* de una planta. Son dos seres diferentes.

¿Qué es lo que hace que un mineral sea un mineral? Su *ser*.

¿Qué es lo que hace que una planta sea una planta? Su *ser*.

La diferencia entre un mineral y una planta queda determinada por la diferencia entre sus seres respectivos.

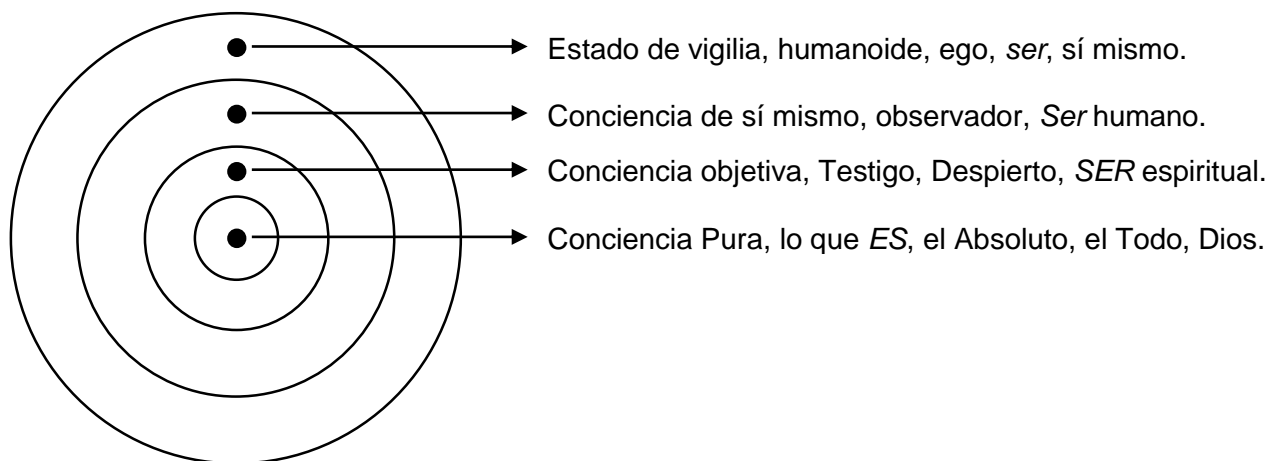
El *ser* de una planta y el *ser* de un animal son también seres existentes. Los dos existen, el existir les es común, pero sus seres son diferentes.

Igualmente lo son el ser de un animal y el ser de un hombre.

Los dos existen pero sus seres son diferente.

Evitando la confusión

Como la palabra *ser* suele generar equívocos y confusiones, hagamos precisión. Veamos la realidad y la posibilidad del ser humano de la siguiente manera:



Como si fuésemos 4 capas superpuestas:

1. La parte más externa suya es su *ser* actual, su sí-mismo, la calidad de su vida interior, caracterizada por su ego, su “yo”, su mente reactiva, su personalidad, su inconciencia,
2. La parte siguiente es el estado de conciencia de sí mismo, donde hay un observador de los procesos internos físicos, emocionales y mentales.

Es el resultado de un Trabajo Interior.

Es su *Ser* humano, resultado de su evolución.

3. La parte siguiente es el estado de Conciencia Objetiva, de lo interno y lo externo, en el cual se vivencia el TODO. Hay un Testigo, una Presencia, es un estado despierto.

Es su *SER* divino, espiritual o estado de Buda.

4. La Conciencia Pura, el Absoluto, la Verdad, la Realidad, Dios, como quiera llamarlo.

ES lo que *ES*, La Fuente de todas las formas, la génesis.

De manera que podemos convenir que:

- Su *ser* actual es su ego, su “yo”, su inconciencia.
- El Ser es el estado de conciencia de sí mismo.
- El *SER* es el estado de conciencia objetiva.
- Lo que *ES* es la Conciencia Pura, primigenia, Absoluta.

Entonces su evolución posible sigue esta dirección:

ser → *Ser* → *SER* → *ES*

Por favor, comprenda que es imposible convertir a palabras lo que no pertenece a la mente. No se apegue a las palabras ni a las ideas. Intuya lo que hay detrás de ellas y continuemos.

El saber depende del ser

El contenido del *ser* de cada persona es lo que hace que ella sea tan distinta a las otras personas.

Eso explica por qué dos hombres pueden diferir en su *ser* más aún que un mineral y un animal.

Los contenidos del *ser* son lo que hace que cada persona sea tan notablemente diferente a las demás. Cada uno es un espécimen único, aunque las formas sean parecidas, porque su *ser* es único y es el que delimita la calidad de su *saber*.

Esto es exactamente lo que la gente no capta.

La gente no comprende que *el saber depende del ser*.

Y no solamente no lo comprende, sino que no quiere comprenderlo.

En la civilización occidental se admite que un hombre pueda poseer un *saber* extenso, que pueda ser por ejemplo un sabio eminente, autor de grandes descubrimientos, un hombre que hace progresar la ciencia, y que al mismo tiempo pueda ser un pobre hombre egoísta, discutidor, conflictivo, mezquino, envidioso, vanidoso, ingenuo, racista y distraído.

Aquí se considera admirable que un profesor olvide en todas partes su paraguas, que no utilice medias y que no sepa si va o viene.

Y sin embargo, tal es su *ser*.

En Occidente se estima que el *saber* de un hombre no depende de su *ser*.

La gente da mayor valor al *saber*, pero no sabe darle al *ser* un valor igual, y no tiene vergüenza del nivel inferior de su propio *ser*. Ni siquiera comprende lo que esto quiere decir. Pocos comprenden que el grado del *saber* de un hombre es función del grado de su *ser*.

Cuando el *saber* excede demasiado al *ser*, se vuelve teórico, abstracto, inaplicable a la vida, aun puede tornarse nocivo, porque en lugar de servir a la vida y de ayudar a la gente en su bregar con las dificultades que la asedian, tal *saber* comienza a complicarlo todo. Entonces, ya no puede aportar sino nuevas dificultades, nuevos problemas y toda clase de calamidades que no existían antes.

Es usual que las personas cuyo *saber* excede por mucho su *ser* caen en la confusión mental, confusión de ideas y de conceptos, confusiones analíticas y comparativas, que pueden ser resultado de mucha lectura y poco trabajo interior, propio de quienes creen que el *saber* conduce a la Verdad.

Más de lo mismo

El *saber* que no está en armonía con el *ser* nunca puede ser bastante grande o, mejor dicho, no puede estar lo suficientemente calificado para las necesidades reales del hombre.

Este será el saber de *una cosa*, ligado a la ignorancia de *otra*. Será el saber del *detalle*, ligado a la ignorancia del *todo*. El saber de la *forma*, ignorante de la *esencia*.

La idea del valor y de la importancia del nivel del *ser* está completamente olvidada. Y se ha olvidado también que el nivel del *saber* está determinado por el nivel del *ser*.

De hecho, a cada nivel de *ser* corresponden ciertas posibilidades de *saber* bien definidas.

Dentro de los límites de un “*ser*” dado, la calidad del *saber* no se puede cambiar, y dentro de estos límites, la única posibilidad de cambio reside en la acumulación de información de una sola y misma naturaleza.

Un cambio en la naturaleza de *saber* es imposible sin un cambio en la naturaleza del *ser*.

Es decir, dentro de los límites de su *ser*, cierto *saber*, cierto conocimiento le es posible. Puede aumentar la cantidad de esa información, pero no puede cambiar la calidad de ese conocimiento, no puede modificar la naturaleza de ese *saber* mientras el nivel de su *ser* no cambie.

Si su *ser* no cambia, puede *saber más de lo mismo*, pero nunca podrá comprender algo de *otra calidad*.

Cambiar su ser

El *ser* de un hombre presenta múltiples aspectos, diversos contenidos reiterativos, recurrentes, algunos sólidamente constantes y otros levemente variables pero cíclicos.

El del hombre normal se caracteriza sobre todo por la ausencia de aquellas propiedades que le complace especialmente atribuirse: *Unidad en si-mismo, conciencia lúcida, libre voluntad, un Yo permanente y la capacidad de hacer*.

Esta carencia es un rasgo de su *ser*. Su *ser* carece de eso.

Por asombroso que esto le parezca, debe saber que el rasgo principal del *ser* de un hombre ordinario, común, moderno y silvestre, que explica *todo lo que le falta*, es el *sueño*.

El hombre moderno vive en el sueño, nace en el sueño, crece en el sueño y muere dormido. Ya no es un simio, ni aún es un hombre despierto. Por ahora es un humanoide irracional, que vive como un sonámbulo.

Si el *sueño* es el rasgo principal de su *ser*, en sus condiciones actuales, debe serle evidente que para un hombre así, si verdaderamente quiere *saber*, debe reflexionar ante todo en las maneras de despertarse, es decir, de *cambiar su ser*.

Atribuirse cualquiera de esos contenidos es la expresión de su ignorancia-de-sí-mismo, de su vanidad-de-nada, de su sueño.

Ud. se atribuye esos estados interiores y poderes porque no se conoce.

Por otra parte, el *ser* más exterior del hombre tiene muchos aspectos diferentes:

Actividad o pasividad

Veracidad o mala fe

Sinceridad o falsedad

Coraje o cobardía

Autocontrol o libertinaje

Optimismo o pesimismo

irritabilidad, egoísmo, disposición al sacrificio, orgullo, vanidad, miedo, presunción, asiduidad, pereza, perseverancia, sentido moral, sentirse víctima, sentimientos de culpa, emocionalidad, ingenuidad, infantilismo, sensiblería, depravación... Todos estos rasgos, y mucho más, componen el *ser* de un hombre ordinario.

Si de alguna forma Ud. le diera valoración a cada uno de estos elementos de su *ser*, y a los otros que Ud. reconoce en sí-mismo, el resultado de tal valoración sería su *ser*.

Ud. es... eso... por ahora. Ese es su ser... ahora.

Pero todo eso en el hombre es enteramente *mecánico*. Si miente, significa que no puede dejar de mentir. Si dice la verdad, significa que no puede dejar de decir la verdad. Si siente miedo, significa que no puede dejar de sentir miedo... y así es en todo.

Todo *sucede*, todo *le sucede*, Ud. es un *suceder*. Un hombre común no puede *hacer* nada, nunca puede hacer nada, ni interior ni exteriormente.

En estado de inconciencia su vida es un reaccionar a los estímulos externos; no es un hacer consciente sino un reaccionar mecánico, biológico, instintivo.

En estado de *sueño*, nunca puede *hacer* nada, excepto soñar... hasta cuando despierta. Pero despertar no depende de su deseo sino de la fuerza de su necesidad interior y de un Trabajo Interno inteligente, voluntario y consciente.

Por regla general, el *ser* del hombre actual es de una calidad tan de bajo nivel que no hay posibilidad de cambio para él.

Hay algo que no puede olvidarse: aquellos cuyo *ser* puede aún cambiar se pueden considerar afortunados.

La mayoría de la humanidad se encuentra tan dormida, tan mecanizada, tan automatizada, tan volcada hacia el mundo externo, extraviada su mirada, que ya no pueden hacer nada por ellos ni puede hacerse nada por ellos.

Su mecanicidad ha sido tan intensa y prolongada, que han cristalizado en un bajo nivel de *ser*. Ya no es posible un cambio, para muchos.

Pocas son las personas que pueden recibir el *verdadero saber*, porque su *ser* se lo permite.

Si reflexiona sobre esto comprenderá por qué no pueden recibirlo la mayoría: su *ser* se opone a ello.

Tenga presente que el *verdadero saber* no es cualquier *saber*, sino cierto conocimiento de *sí-mismo*.

Contenidos de su ser actual

En ausencia de un estado superior de conciencia, podemos convenir que el ser humano es sólo lo heredado y lo aprendido.

Lo heredado se concreta en el cuerpo, con sus genes, su ADN, sus instintos, química, electricidad, magnetismo, y sabiduría milenaria.

Lo aprendido es el contenido de las memorias, el residuo de lo vivido y todo el conocimiento acumulado. Es su personalidad actual.

En esos contenidos no hay racionalidad, Amor, compasión, bondad, humanismo. Pura reactividad, un mecanismo biológico en acción, en ausencia de estados superiores de conciencia.

En ese estrecho marco, los contenidos de su *ser*, del sí mismo, de su ego, son diversos, extraños y algunos muy perversos:

- Sus recuerdos del pasado, usualmente dolorosos.
- Los instintos, heredados de nuestros predecesores humanoides y animales.
- La acumulación de conocimientos, residuos de las experiencias vividas, que agobian su existencia y limitan su libertad.
- Su subordinación o su rebeldía frente a la autoridad, sea ésta política, militar, civil, religiosa o mística.
- Su mente condicionada por sectas, religiones, supersticiones y temores.
- Su compulsión tras el deseo de dominar o ser dominado.
- La erudición de su mente que todo lo interpreta a partir de teorías, ideas, creencias, doctrinas, incapaz de conectarse con la realidad tal cual es.
- La insensibilidad de su mente, incapaz de percibir la belleza de lo sencillo.
- La búsqueda del poder, de posición.

- La idea, el recuerdo, la conclusión, las experiencias vividas, las diversas formas de las intenciones, tanto las que se pueden nombrar como las perversas.
- El esfuerzo por dejar de ser lo que soy, para tratar de ser lo que no soy.
- Su mente buscando seguridad, protección, evitando el riesgo, por lo cual engendra ideas, creencias, ideales, detrás de los cuales puede protegerse.
- Su idea de un Dios externo, hecho a imagen y semejanza de la mente humana.
- Su pensar reactivo desde su memoria, frente a los estímulos externos.
- Su búsqueda intelectual de la paz, siendo violentos su cuerpo, su mente y sus emociones.
- La imagen de sí mismo y la que quiere mostrar. Su máscara.
- Su ira, su miedo y su vanidad.
- Su sufrimiento egocéntrico y adictivo.
- Los pensamientos nocivos, peligroso, caprichosos, perversos.
- La dependencia psicológica de personas o cosas.
- Su mendigo interior, implorando afecto y reconocimiento.
- Su miedo a lo conocido y su confianza en lo desconocido, aunque no sea verdad.
- El afán de poseer, para llenar el vacío que soy.
- Todas las formas de la vehemencia, que suelen ser ira o sexo reprimido.
- Sus dificultades para mantener relaciones pacíficas, amorosas, bondadosas.

- Su miedo a la soledad y al silencio.
- El deseo de certidumbre, para abandonar toda duda.
- Su apego a las ideas y su desdén por los hechos.
- El juez implacable que llevamos por dentro, capaz de condenar al prójimo a la hoguera, por el más mínimo error.
- Su adicción al sexo mecánico.
- Su insoportable pensamiento egocéntrico, divorciado de la realidad.
- Su adicción a las certezas, aunque sean supersticiones.
- Su hablar incesante, sin decir mucho y sin que a nadie le importe.
- Su bajo nivel de pasión, entendida como la calidad y la intensidad de la energía aplicada a sí mismo.
- Su carencia de sensibilidad respecto de las personas, los animales y las cosas.
- Su emocionalidad compulsiva, egocéntrica y cruel.
- El sentimentalismo, la sensiblería y la moralina.
- La carencia de libertad interior.
- Los contenidos de su inconsciente.
- Su apego al pasado.
- Su propensión al conflicto físico, psicológico o intelectual.
- Sus contradicciones entre lo que piensa, dice, hace y siente.
- Su ira que no respeta y su miedo que no permite.
- La vanidad que le sobrevalora y su soberbia que minimiza al prójimo.
- Su temor a asumir su propia vida.

- Su incapacidad para conectarse con la realidad presente, Aquí, Ahora.

Todo esto, y más, es su *ser actual*, su sí-mismo, su ego.

Todo esto es la materia prima que puede ser observada, percibida, comprendida, lo cual constituye el conocimiento de sí-mismo, la conciencia de sí-mismo.

Ahora bien, el problema no es eso que sucede en su *ser*. No. El problema real es identificarse con eso.

La conciencia de sí mismo es *ver eso*, Aquí, Ahora, sin un sólo pensamiento.

De manera que su *ser actual*, sea como sea, contenga lo que contenga, es lo que puede evolucionar a lo largo de su vida.

Su posibilidad inmediata es evolucionar desde su *ser actual*, que es su mal llamado estado de vigilia, hacia la conciencia de sí mismo.

Esta posibilidad es la que potenciamos en el grupo de Trabajo Interior.

El equilibrio necesario

En general, el equilibrio del *ser* y del *saber* es más importante que el desarrollo separado de uno o del otro. Porque un desarrollo separado del *ser* o del *saber* no es deseable de ninguna manera, aunque este desarrollo unilateral sea precisamente lo que parece atraer de manera especial a la gente.

Cuando el *saber* predomina sobre el *ser*, el hombre *sabe*, pero *no tienen el poder de hacer*. Es un saber inútil, teórico, erudito, impotente. Carece de poder para hacer. Ignora que la magia es *hacer*. La persona se convierte en un archivo de información, sin poder de acción, como un diccionario.

En contrario, cuando el *ser* predomina sobre el *saber*, el hombre *tiene el poder de hacer*, pero no sabe qué hacer. Así, el *ser* que él ha adquirido no le puede servir para nada, y todos sus esfuerzos serán inútiles. ¿Qué hace, si no sabe lo que hay que hacer? Es un poder inútil.

El desarrollo de la línea del *saber* sin un desarrollo correspondiente de la línea del *ser* produce un “erudito débil”, un hombre que sabe mucho pero que no puede hacer nada, un hombre que no *comprende* lo que sabe, un hombre que *no aprecia*, es decir, incapaz de evaluar las diferencias entre uno y otro tipo de saber. Sabe, pero carece de comprensión, de discernimiento, de poder, de fuerza interior, de energía resolutiva.

Y el desarrollo de la línea del *ser* sin un correspondiente desarrollo del *saber* produce un “santo tonto”. Es un hombre que puede hacer mucho pero que no sabe qué hacer, ni cómo, ni con qué, ni con quién, ni dónde. Y si hace algo, actúa esclavizado por sus sentimientos subjetivos que pueden hacerle cometer graves errores, contrarios a lo que se propone.

En ambos casos, tanto el “erudito débil” como el “santo tonto” llegan a un punto muerto. Se han vuelto incapaces de todo desarrollo ulterior.

La comprensión

La distinción entre la naturaleza del *saber* y la del *ser* se capta mejor al relacionarlos con la *comprensión*.

El *saber* es una cosa, la *comprensión* es otra.

Pero la gente confunde a menudo estas dos ideas, o bien no ve claramente dónde está la diferencia.

El *saber* por sí solo no da *comprensión*, y la *comprensión* no se puede aumentar por el sólo acrecentamiento del *saber*.

La *comprensión* resulta de la conjunción del *saber* y del *ser*. Por lo tanto, el *saber* y el *ser* no deben divergir demasiado, porque en tal caso la *comprensión* se encontraría muy alejada de ambos.

Como ya se ha explicado, la relación del *saber* con el *ser* no cambia por el simple incremento del *saber*. Sólo cambia cuando el *ser* crece paralelamente al *saber*.

En otras palabras, la *comprensión* no crece sino en función del desarrollo armónico del *saber-ser*.

Con el pensamiento ordinario, la gente no distingue entre *saber* y *comprensión*. Es por esto que acumulan el *saber*, pero no saben cómo se incrementa la *comprensión* y no les importa saberlo.

A un erudito le es absolutamente indiferente su nivel de *ser*.

Una persona ejercitada en la observación-de-sí-misma sabe con certidumbre que en diferentes períodos de su vida ha comprendido una sola y misma idea, un solo y mismo pensamiento, de maneras totalmente diferentes. A menudo le parece extraño que haya podido comprender tan mal lo que ahora comprende tan bien, según cree.

Sin embargo, se da cuenta de que su *saber* sigue siendo el mismo, que hoy no sabe nada más que ayer. ¿Qué es, entonces, lo que ha cambiado? Lo que ha cambiado es su *ser*.

Tan luego cambia el *ser*, la *comprensión* tiene también que cambiar.

La diferencia esencial entre el *saber* y la *comprensión* se aclara al descubrir que el *saber* es la función de un sólo *centro* (mente), y la *comprensión* es la función de tres centros (cuerpo, mente, emoción).

De modo que el aparato del pensar puede *saber* algo, pero la *comprensión* aparece solamente cuando un hombre tiene el *sentimiento* y la *sensación* de todo lo que está vinculado a su *saber*.

Tomemos un ejemplo extremo para ver esto con mayor claridad. Si Ud. ha leído de serpientes, Ud. *sabe* de serpientes. Pero, si Ud. además, ha comido carne de serpiente, ha olido serpientes, las ha tocado, las ha mirado a los ojos, ha convivido con ellas, entonces, Ud. *comprende* lo que es una serpiente.

El *saber* es mental, la *comprensión* es existencial.

Tomemos otro ejemplo cercano al grupo. Muchas veces hemos expuesto el tema de la mecanicidad. Pero, una persona no puede decir que comprende la idea de la mecanicidad, cuando la *sabe* solamente con su cabeza. Tiene que *sentirla* con toda su masa, con su *ser* entero. Sólo entonces la comprenderá. Tiene que padecerla en carne propia, para comprenderla.

Si Ud. ha sido una persona seria con la práctica de las *tareas*, su *comprensión* debe haberse incrementado notablemente. Pero, si Ud. no ha

sido serio, constante, sutil, profundo, con sus *tareas*, entonces quizás Ud. *sabe* mucho pero *comprende* poco. Tal vez Ud. sabe... pero no comprende... ni puede comprender.

Es la acción consciente con el *ser* la que modifica al *ser* y, en consecuencia, se amplía la posibilidad de un nuevo *saber* y se incrementa la comprensión de lo *sabido*.

Las palabras

En el campo de las actividades prácticas, la gente puede muy bien diferenciar entre el simple *saber* y la *comprensión*. Se da cuenta que *saber* y *saber hacer* son dos cosas completamente distintas, y que *saber hacer* no es resultado sólo del *saber*.

Pero fuera de este campo de actividad práctica, la gente deja de comprender lo que significa "*comprender*".

En lo que concierne al sí-mismo, en general nadie está interesado en *saber* de su *ser* ni en *comprender* su *ser*.

Por regla general, cuando la persona se da cuenta que no comprende una cosa, trata de encontrarle un *nombre*, un equivalente, y cuando lo ha encontrado dice que "*comprende*".

Pero encontrar un "*nombre*" no significa haber comprendido. Por desgracia, la mayoría de las personas se satisface habitualmente con nombres. Y se considera que un hombre que conoce un gran número de nombres, es decir, una multitud de *palabras*, es muy comprensivo, excepto en las cosas prácticas donde su ignorancia no tarda en ponerse en evidencia.

¿Comprende ahora por qué Ud. no ama su *tarea* diaria? Porque pone en evidencia su ignorancia, su incomprensión, su impotencia, su mecanicidad.

Pero, paradójicamente, si Ud. hiciera su *tarea* con seriedad, pasión y perseverancia, su *ser* se modificaría poco a poco, trascendiendo poco a poco su ignorancia, su incomprensión, su impotencia y su mecanicidad.

La magia *no es saber*.

La magia es *hacer...* desde lo que voy comprendiendo, y entonces el *ser* se va modificando y la comprensión se va incrementando.

El *saber* y el *ser* deben crecer en paralelo, y entonces aparece la relación dialéctica entre *ser* y *comprender*, que conduce al *despertar*.

El origen de su ser

Cada persona tiene un ***nivel del ser***, que hace de ella una persona única, ¿Cuál es el origen de ese ***ser***?

La respuesta desde diferentes disciplinas es única: somos productos de la combinación de la naturaleza y la cultura. Lo heredado y lo aprendido.

Según el genetista Jaime Bernal Villegas, en su libro “De genes y gentes”:

“La genética es, literalmente, la otra mitad del medio ambiente, pues somos el resultado de dos fuerzas: los genes que heredamos de nuestros padres y el medio en el cual esos genes se desarrollan.”

Los genes logran que nos parezcamos a nuestros padres y el ambiente permite que nos diferenciamos de ellos.

Sin embargo, no son solamente los genes *individualizados* los que ponen su parte para estructurar a la persona y, por eso, el haber descifrado el genoma humano no quiere decir que ya se sabe por qué *somos lo que somos*.

Lo que permitió este hito en la historia de la medicina fue abrir un gran paquete informativo y a partir de allí, genetistas, neurólogos, neurocientíficos, entre otros investigadores, han empezado a buscar aquellos genes que son determinantes porque promueven *ciertas manifestaciones* en el ser humano.

Ellos los llaman “*genes que codifican*”, o que envían mensajes, y por lo general están dando prioridad a aquellos que disparan una enfermedad, pero es un hecho que hay mensajes que disparan *conductas*.

La magnitud de la complejidad humana la visualizamos al recordar que son alrededor de 30.000 los genes que se encuentran en el *ser* humano y la

cosa se complica cuando se descubre que los genes tienen diferentes maneras de comportarse en el organismo.

Como si fuera poco, la interacción entre ellos también puede determinar patologías o *comportamientos* diferentes.

Para el genetista Humberto Arboleda Granados, del Instituto de Genética de la Universidad Nacional, la explicación de *por qué somos lo que somos* es de tipo multifactorial. Es decir, que está involucrado un aspecto genético y otro de tipo ambiental.

Agrega:

“El comportamiento normal es algo tan complejo, que estamos lejos de comprenderlo, pero sin duda el componente genético juega un papel.”

Con respecto a la personalidad, el Dr. Arboleda diferencia entre lo que es el *temperamento* y el *carácter*, pues el primero es innato, y el segundo es cultural.

Según él, al *temperamento* corresponden algunos hábitos, como evitar el peligro: es una reacción natural. Al *carácter* corresponden, por ejemplo, actitudes de cooperación, de solidaridad, propias de un individuo que pertenece a una sociedad, y por lo tanto es algo que se aprende.

Es decir:

Su temperamento + su carácter = su ser

Lo heredado + lo aprendido = su ser

Naturaleza + cultura = su ser

Pero, está implícito un hecho que la ciencia de occidente no resalta: en lo heredado Ud. no tuvo ninguna participación consciente... y en lo aprendido Ud. tampoco tuvo participación consciente.

Entonces, su *ser* actual es el resultado de un proceso biológico e histórico en el cual Ud., conscientemente, *no ha participado*.

De manera que su *ser* actual, sea como sea, no es su culpa ni su mérito. Simplemente ha sucedido, sin su *Presencia*, y ahora es así... como es, y esa es la materia prima para su proceso evolutivo.

Los límites que tratan de definir hasta dónde llega lo genético y donde comienza lo cultural son aún confusos.

Agresividad y crueldad

Para la genetista Emilia Federici es claro, por ejemplo, que somos agresivos porque somos mamíferos. Lo que no es tan claro es por qué el ser humano es violento y cruel:

“Ahí está el espacio de una construcción de respuesta que viene más por aprendizaje social”.

Entonces, la *agresividad*, que es un rasgo del *ser* humano, es de origen animal, propio del animal que llevamos por dentro, mamífero, carnívoro y cazador. Pero la *crueldad*, otro rasgo del humanoide actual, parece ser de origen cultural.

Los dos, lo *heredado* y lo *aprendido*, son propios del *ser* humano actual, del humanoide, sin que haya participado intencional y conscientemente en la construcción de esos dos rasgos tan vigentes y tan poderosos.

La *agresividad* es sólo una de las múltiples características del *ser*, de origen genético. Como veremos, son muchos e insospechados los contenidos del *ser* que tienen el mismo origen.

El reto es aún mayor en el cerebro, pues las células de cualquier órgano tienen genes que cumplen funciones específicas, mientras que en el cerebro, con más de 1 billón de células, 10.000 millones son neuronas, cada una con 30.000 genes, y cada una de ellas puede tener muchas funciones distintas.

Por ejemplo, generar hormonas que definen conductas de su *ser*... Veamos algunos casos.

El amor y la pasión

Podemos convenir que la mayor o menor capacidad para “*enamorarse*” es parte de su *ser*, que su mayor o menor propensión a la actividad sexual es parte de su *ser*, y que su ternura es también rasgo de su *ser*.

Pero, ¿estas conductas de *su ser* son realmente *suyas*?

Es decir, ¿Ud. las crea a voluntad?

En el último número de la revista *Chemistry World*, de la Real Sociedad de Química del Reino Unido, publican los resultados de una investigación acerca del amor, el sexo y la ternura.

El estudio concluye que altos niveles de *neurotrofina* en la sangre eran comunes a las parejas que se encontraban en la fase inicial de sus relaciones amorosas, bajo el efecto de una fuerte atracción sexual... no satisfecha.

Por el contrario, las personas que habían estado con sus parejas entre 1 y 2 años carecían de estas “moléculas del amor” (sustancias que actúan sobre el sistema nervioso central), aun cuando su relación había sobrevivido.

Hallaron, además, que la hormona de la pasión había sido sustituida por la “hormona de la ternura”, la *oxitocina*, en aquellas parejas que tenían varios años de convivencia.

De manera que si su ternura, que es parte de su *ser*, no es consciente, se debe posiblemente a un exceso de *oxitocina*.

Otra investigación realizada hace 2 años por Cindy Hazan de la Universidad de Cornell en New York, tras estudiar 5.000 parejas de 37 culturas diferentes, concluye que el amor tiene un “tiempo de vida” tan largo como para que dos personas se conozcan, se enamoren, copulen y tengan un hijo.

Según este estudio, los seres humanos se encuentran biológicamente programados para sentir pasión mutua entre 18 y 30 meses, después de haber iniciado una relación.

Es decir, que el *amor eterno* inconsciente dura 2 años, según determinismo biológico.

Según la Dra. Helen Fisher, antropóloga de la Universidad de Harvard y autora de libro “*The anatomy of Love*”, el proceso de la pareja desde la

atracción, pasando por la lujuria hasta culminar en un vínculo afectuoso, está signado por las hormonas, así:

1. Atracción mutua:

Manifestación: Amor en la etapa de euforia, sentirse involucrado emocionalmente, romance.

Hormona asociada: altos niveles de *dopamina*, *norepinefrina*, y bajos niveles de *serotonina*.

2. Lujuria:

Manifestación: Deseo ardiente de sexo.

Hormona asociada: *Testosterona*.

3. Vínculo afectuoso:

Manifestación: Atracción que evoluciona hacia una relación calmada, duradera y segura.

Hormona asociada: *Oxitocina* y *vasopresina*.

Y Todas estas manifestaciones son expresiones de su **ser**, en un momento dado, inconscientes, es decir, sin participación suya de ningún tipo.

Eso sucede dentro de Ud., sin su Presencia Interior, sin su participación consciente, deliberada, y es parte de su ser.

Determinismo biológico de su ser

Estamos comentando que la fuente de su *ser* actual radica en lo *biológico heredado* y lo *cultural aprendido*. En ningún caso, hasta ahora, tiene por origen la *conciencia*, porque no ha habido un solo proceso interior para despertar su conciencia y autotransformar su *ser*.

Veamos otros rasgos de su *ser*, total o parcialmente determinados por las hormonas, según diversas fuentes científicas:

Su estado de agitación física, falta de control de sus movimientos, exceso en el hablar y euforia, suele deberse a un exceso de *dopamina*.

Su estado de desinterés general, letargia, retraimiento social, falta de atención y concentración puede deberse a un bajo nivel de *dopamina*.

Otros neurotransmisores como la *serotonina*, *adrenalina* y *noradrenalina* están también implicados en estos estados, pero la *dopamina* es considerada como el agente principal.

Su estado de confianza se asocia a la *serotonina* y su estado muy enérgico puede ser un exceso de *noradrenalina*.

Su estado de alerta y buena memoria puede deberse a un agente químico producido en el cerebro, llamado *acetilcolina*.

El comportamiento sexual masculino depende de las hormonas llamadas *andrógenos*, y en las mujeres de los *estrógenos*.

El gozo que su ser disfruta al hacer ejercicio físico, se debe a una hormona llamada *endorfina*.

La euforia asociada con las primeras fases del enamoramiento parece salir de una combinación de *dopamina* y *feniletilamina*.

El vínculo entre padres e hijos depende de la acción en ciertas partes del cerebro de una hormona llamada *oxitocina*.

Su *ser* emocional es extremadamente biológico: cuando la mente percibe un estímulo en la corteza cerebral tal que requiere una reacción emocional, manda una señal al cerebro límbico pidiendo que actúe adecuadamente.

El sistema límbico, a través del hipotálamo, envía mensajes al cuerpo para que se hagan ciertos cambios: se liberan e inhiben ciertos neurotransmisores, se bombean hormonas, se alteran procesos vitales como el ritmo cardíaco o la presión sanguínea.

Una descarga de *adrenalina*, por ejemplo, hará que la gente se enfade o se alegre, según la noción preconcebida que tenga del estímulo.

Si su *ser* presenta rasgos tales como la frialdad emocional, engaño, falta de remordimiento y amor al riesgo, pueden ser la expresión de una disfuncionalidad psíquica llamada psicopatía, debida al mal funcionamiento de la glándula *amígdala*, en el cerebro límbico, asociada a la *oxitocina*.

Si su *ser* es adicto al pasado, puede deberse a que la memoria de un hecho está tan intensamente grabada en la *amígdala* y el *hipotálamo*, en el cerebro límbico, que puede volver a “*vivir*” el trauma que la desencadenó, incluyendo la repetición sensorial.

Si su *ser* es adicto a las emociones negativas, puede deberse a un exceso de actividad de la *amígdala*, en el cerebro límbico.

Si considera que su *ser* mental tiene una excelente memoria, esto se debe a que el cerebro dispone de 10.000 millones de neuronas y cada una puede establecer hasta 10.000 conexiones con las otras. Su memoria se debe a que, por una u otra razón, durante la infancia hizo muchas conexiones a partir de sus experiencias.

Si su *ser* es depresivo y ansioso, puede deberse a un exceso de actividad en su lóbulo frontal derecho.

Si su *ser* es feliz, entusiasta, lleno de energía y atento, puede deberse a un exceso de actividad en su lóbulo frontal izquierdo.

Si su *ser* es temeroso, su causa puede ser compleja: sus sentidos captan un estímulo que puede ser inocuo, su memoria lo asocia con un hecho traumático del pasado, la *amígdala* activa la emoción del miedo, el sistema nervioso simpático se activa en el hipotálamo, y la hormona *cortisol* se libera desde la glándula suprarrenal, inundando su cuerpo. Ahora, su cuerpo tiene dos opciones: huye despavorido o ataca. Huye o mata. Pero también podría quedar paralizado de puro miedo.

El miedo es el verdadero enemigo que llevamos por dentro, pero Ud. no lo ha creado conscientemente, pero puede liberarse de él... conscientemente.

Comprenda esto, por favor:

1. El dolor, el sufrimiento y el temor, si fueron intensos en su infancia, se grabaron profundamente en la memoria de la *amígdala*, en el cerebro límbico.
2. Si su cerebro capta ciertos estímulos, aún *inofensivos*, puede asociarlos a esa memoria.
3. Entonces, ese estímulo inofensivo se transforma en dolor, sufrimiento y temor... ahora.

¿Comprende lo que esto significa? Si su *ser* es muy emocional, es porque Ud. es vivido desde el pasado.

Mientras Ud. no exista como una *Presencia*, como un *Testigo*, Ud. no existe, Ud. sucede. Su *ser* es un suceder.

Entonces, ¿cuál es la naturaleza de su ser?

Convengamos que su *ser* actual es lo *heredado* y lo *aprendido*.

Pero, lo heredado es lo biológico, lo genético, la especie hecha carne, hecha materia. Su cuerpo contiene lo heredado, su materialidad contiene lo heredado... que es viejo, muy viejo.

¿Y lo aprendido? Está en su cerebro límbico, en la *amígdala*, *tálamo* e *hipotálamo*, en los órganos internos de su cerebro límbico, en el cuerpo de su cerebro, en la materialidad de su cerebro neuronal.

¿Qué es, en estricto sentido, algo aprendido? ¿Qué es la memoria? Es el cableado empírico creado en su cerebro neuronal, aprovechando los 10.000 millones de neuronas y las 10.000 conexiones posibles para cada una.

Lo aprendido son circuitos neuronales, y eso es energía, materialidad, cuerpo. Lo aprendido, en el pasado, quedó como circuitos neuronales, y eso es lo que asocia con cualquier estímulo de la realidad presente.

Entonces, podemos convenir que tanto lo heredado como lo aprendido son carne, materia, cuerpo... viejos.

Su *ser*, que es lo heredado y lo aprendido, es el pasado hecho cuerpo.

En su cuerpo está lo heredado del pasado y lo aprendido en el pasado.

Su *ser* actual es el contenido... viejo... de su cuerpo. Y en eso, Ud. no participó conscientemente.

Ud. no ha creado su *ser*. El ha sucedido en el proceso de su vida... y ahora, Ud. descubre que su cuerpo contiene eso.

¿Cómo cambiar eso? ¿Cómo hacer consciente lo inconsciente? ¿Cómo transformar la vida en un proceso inteligente, consciente, amoroso?

El análisis como método occidental

El método occidental consiste en pensar en un problema, encontrar sus causas, penetrar en la historia del problema, llegar a sus raíces, hasta el principio mismo.

El psicoanálisis penetra en la memoria, trabaja en ella. Va hasta su infancia, hasta su pasado. Se mueve hacia *atrás en el tiempo*, encuentra dónde y cuándo surgió el problema.

A lo mejor fue hace 50 años, cuando era un niño, y el problema surgió en la relación con su madre o su padre.

El psicoanálisis retrocederá hasta allí.

¡50 años de historia!

Es una tarea muy larga, muy lenta, y poco promisoría, porque su *ser* puede contener cientos de problemas.

Puede reconstruir la historia de un problema, recorrer su pasado, consultar su autobiografía y encontrar la causa... de un problema.

Tal vez pueda eliminarlo, pero el *ser* puede contener cientos de ellos.

Si empieza a profundizar en cada problema, para resolver los problemas de una vida necesitará miles de vidas, nacer una y otra vez, miles de veces.

Esto es absolutamente impracticable, aunque bien intencionado.

Y todos esos miles de vidas que dedicará a resolver los problemas de esta vida, generarán sus propios problemas... y así una vez tras otra.

¡Eso es imposible! Pero puede ser muy útil en asuntos específicos.

Con el pasado no puede hacerse nada... ni con el futuro

La mente humana ha intentado desde siempre hacer dos cosas imposibles: manipular el pasado y el futuro.

Alterar el pasado es algo que no se puede hacer. Ya ha ocurrido. No se puede volver a él. Es imposible.

Cuando piensa en volver al pasado, lo más que puede hacer es penetrar en el recuerdo, en la memoria, que se manifiesta Ahora.

Pero el recuerdo no es el auténtico pasado. Es sólo un recuerdo, una imagen de lo que supuestamente pasó, con la seguridad de que el recuerdo del pasado no coincide con el hecho del pasado tal cual fue.

Su recuerdo es sólo su versión personal de lo que fue.

¡El pasado ya no existe, así que no se puede modificar!

Este es uno de los objetivos imposibles de la humanidad. Quiere rehacer su pasado. ¿Cómo va a rehacerlo si no existe?

El pasado significa que todo el potencial de una cosa se agotó. Se ejecutó, sucedió y se agotó. Terminó.

El pasado es absoluto: se agotó.

Ya no existe ninguna posibilidad de modificarlo, de deshacerlo, de rehacerlo, de reconstruirlo.

¡Con el pasado no se puede hacer nada!

No pierda tiempo mirando hacia atrás.

El pasado ya ha ocurrido, es un fenómeno muerto.

No se puede hacer *NADA* con él.

Como máximo, se puede reinterpretar desde su personal y conveniente valoración subjetiva, y eso es todo.

El pasado sobrevive sólo como memoria, que es el cableado de los circuitos neuronales en su cerebro de hoy. Podría *Trabajar* con ese cableado, que es hoy, y no con los hechos del pasado de los cuales no quedó nada.

El recuerdo es la memoria, hoy, de lo que pasó ayer, pero eso ya pasó, ya no existe.

La segunda idea imposible que siempre ha dominado la mente humana es determinar el futuro, que es algo que tampoco se puede hacer.

El pasado significa lo que *ya fue*, y el futuro significa lo que *aún no es*.

El futuro siempre es indeterminado, abierto, probabilístico. Es pura potencialidad. Hasta que ocurre no se puede estar seguro de él.

Entre las dos cosas, entre el pasado y el futuro, el hombre se encuentra en el *PRESENTE*, siempre pensando en imposibles.

Ni puede modificar el pasado, ni puede asegurar el futuro. Nada de eso le es posible. No puede hacer nada con eso.

El pasado es un fenómeno muerto y el futuro es pura incertidumbre, pura probabilidad.

Ud. se encuentra en el *Presente*, pero no es consciente de eso, ni sabe qué hacer con eso, pero su vida sucede en el momento presente.

El estado de enajenación en que vive radica en que su cuerpo está en el *Presente*, pero su mente está en el *pasado* o en el *futuro*.

El problema y la solución

Y entonces, si su *ser* actual es básicamente orgánico, cerebral, corpóreo, *péptido*; si sus contenidos emocionales son de esa naturaleza, ¿cuál es el problema?

El problema no es que eso sea su *ser* actual, sino que Ud. se ha *identificado* con eso.

Ud. no creó eso conscientemente, pero se *identificó* con eso inconscientemente.

Comprenda eso, por favor. Véase así.

Oriente dice que es la *identificación* con un estado interior lo que crea el problema para vivir bien.

De manera que su pecado no son los contenidos de su *ser* actual, sea lo que sea, sino su estado de *identificación* con eso.

Y esa es la clave para resolver todos los problemas.

Si su mente emocional está llena de miedo, ira, codicia, vanidad, depresión, ansiedad... el problema está en que Ud. se *identifica* con eso.

Identificarse significa que Ud. siente y vive como si fuera el miedo, la ira, la codicia...

El problema no es la *vanidad* contenida en su *ser*, sino su *identificación* con esa vanidad.

El problema no es la *ira* contenida en su *ser*, sino su *identificación* con esa ira.

El problema no es el *miedo* contenido en su *ser*, sino su *identificación* con ese miedo.

Ese es el problema, ese es el único problema, el verdadero problema.

Pero ¿qué pasa si Ud. observa su ira, su miedo, su codicia...? ¿Qué pasa si observa *TODO* lo que sucede dentro de si-mismo? ¿dentro de *eso*?

Al *observar* eso, Ud. se separa de eso, y Ud. empieza a despertar su conciencia, y el problema empieza a terminar.

Al observar *eso*, Ud. se desidentifica de *eso*, y el problema ya no existe.

Pero es necesario observar *eso*... ser Testigo de *eso*.

Ud. no es *eso*. Ud. es el Testigo. Ud. es la conciencia de *eso*.

El ser humano es conciencia pura, pero está dormida.

Cuando observa *eso*, *eso* cambia, cambia su *ser*, porque la luz de la conciencia modifica lo observado.

Pero aún así el propósito esotérico no es modificar *eso*, aunque sea conveniente y necesario, sino despertar la conciencia por medio de la observación de *eso*, es decir, por medio de la *observación-de-sí-mismo*.

Mantenerse alerta mientras pasan el día y la noche. Puede que la nube venga del pasado, pero *eso* no tiene importancia.

¡Observe la nube!

Esa es su posibilidad inmediata.

Ese es el Trabajo Interior que proponemos en el grupo.

Bibliografía

- . El cerebro y el mito del yo. Rodolfo R. Llinás
- . Revista semana. Edición 1.244
- . El nuevo mapa del cerebro. Rita Carter
- . La sabiduría del cuerpo. Sherwin B. Nuland
- . El conocimiento de uno mismo. Krishnamurti
- . Fragmentos de una enseñanza desconocida. Ouspensky